

RECENSIONES

LA REVOLUCION CIENTIFICA, LAS DOS CULTURAS Y EL DESARROLLO ECONOMICO

Sir Charles Percy Snow es uno de los pocos contemporáneos nuestros que pertenece a tres mundos de actividad tan distintos como la Ciencia, la Literatura y el Gobierno. Puede hablar con idéntica autoridad de las miserias y grandezas de cada uno de ellos y, en efecto, sus obras han servido para reflejar sus luchas, sus triunfos y sus desastres a un público cada vez más atento y mayor. Su ciclo novelístico *Strangers and Brothers*, compuesto de once novelas de las que solamente faltan ya tres por publicar, le ha ganado la envidiable posición de intérprete de esos tres mundos. Posiblemente nadie ha sabido presentar como él los conflictos escondidos detrás de la paredes de los laboratorios, o dentro del recinto de las Universidades. Sorprendentemente, el comportamiento de los científicos —no ya la ciencia novelada o la novela científica (*science-fiction*)— ha probado ser en sus manos un tema apasionante.

Aunque todas sus obras son muy inglesas y retratan el medio social del *Establishment* —ese complejo de grupos eclesiásticos, políticos, educacionales y sociales que es el meollo mismo de la vida británica— él nació de padres de condición humilde en 1905. Su vida intelectual transcurrió lejos de Oxford y Cambridge, hasta que sus méritos le permitieron iniciar su carrera de físico en esta segunda Universidad. De 1930 a 1950 permaneció allí, en el *Christ College*, y realizó una obra respetable en el campo de la Física molecular. Empezó su carrera literaria con una novela policíaca (aparecida en 1932) y en 1945 comenzó su tercera carrera profesional entrando en el *Civil Service*. De él dimitió en 1960. La más reciente de sus obras —*Science and Government* (1961)— narra, precisamente, la acerba y perjudicial enemistad entre dos poderosos científicos ingleses durante la Segunda Guerra Mundial. Uno de ellos era el asesor científico de Churchill, el otro el hombre que hizo posible el desarrollo del radar. Quizá la descripción más acertada que se haya hecho de Snow es la de Raymond: «Como tantos otros

ingleses que se han puesto a la altura del siglo, él cree que nuestra sociedad debe buscar su salvación moral y física a través de la inteligencia».

Este es justamente el *leit motiv* de la obra que quisiéramos comentar en los párrafos siguientes: *Las dos culturas y la Revolución Científica* (1). De lo que se trata es de que la vida intelectual de la sociedad occidental está escindida en dos grupos polares: el de los intelectuales literarios en uno y el de los científicos, en otro. Señal de que tal separación no está disminuyendo es que a los científicos, *qua* científicos, difícilmente se les aplica el calificativo de «intelectuales». Entre ambos grupos existe un vacío de incomprensión, de hostilidad y hasta de repugnancia. Tienen imágenes mutuas curiosamente distorsionadas.

Por un lado, los no-científicos tienen la profunda impresión de que los científicos son superoptimistas e ignorantes de la condición humana. Por otro, los científicos piensan que los literatos o humanistas carecen de penetración, de visión del futuro, no tienen interés por el prójimo, tratan de restringir el arte y el pensamiento al instante en que viven. La verdad es que el optimismo de los científicos debe ser mirado un poco más de cerca. Cabe distinguir entre la condición individual y la condición social. Ciertamente, la primera es trágica. Cada hombre vive solitario y muere solo. A cada cual concierne el cumplimiento de la hazaña de su propia vida. Casi todos los científicos, sin embargo, no se resignan a creer que la condición social del hombre haya de ser también necesariamente trágica. Porque hay muchísimo en nuestro seno de hombres que no es irremisiblemente fatal; porque que la mayoría de los seres humanos se alimenten insuficientemente y mueran antes de su tiempo no es condición individual, sino social. Porque que la vida individual sea trágica no autoriza a cruzarse de brazos y aceptar el hambre de millones. Como grupo, los científicos tienden a ser impacientes, a procurar ver si se puede hacer algo, a pensar siempre que algo se puede hacer a menos que se pruebe lo contrario. Este es su optimismo y ¿no necesitamos todos algo de su optimismo?

En definitiva, éste es uno de los puntos que acusa la peligrosa distinción existente entre las dos «culturas». De una parte, la cultura científica es en verdad una cultura, no sólo en sentido intelectual sino también en el antropológico. Los científicos poseen un sistema compartido de respuestas; tienen actitudes comunes, patrones de conducta comunes y supuestos y enfoques también comunes. En comparación con el resto del mundo intelectual arrojan

(1) C. P. SNOW: *The Two Cultures and the Scientific Revolution*, Cambridge University Press, Nueva York, 1959; 58 págs.

quizá una mayor proporción de agnósticos y de izquierdistas, aunque las excepciones son numerosísimas.

De la otra parte, la dispersión es mucho mayor. Como dice Snow: «El sentir de un polo se hace el opuesto del otro. Si los científicos tienen el futuro en sus huesos, la cultura tradicional responde deseando que el futuro no existiera». Esta polarización es un perjuicio para todos. Es una pérdida práctica, intelectual y nada fecunda. Uno y otro bando desprecian lo que ignoran. Si unos no leen libros, otros no saben qué es «masa»; si unos se contentan con un poquitín de Shakespeare, otros ignoran las leyes de la Termodinámica. Acaso los detentadores de la «cultura tradicional» sean aún más ciegos que los otros, precisamente porque son todavía más vanidosos. Piensan que la cultura tradicional es toda la cultura, como si el orden de la naturaleza no existiese, como si la exploración del orden de la naturaleza careciese de interés, en sí o en sus consecuencias. Como si la altura alcanzada por la capacidad del hombre no se reflejase también en la maravilla mecánica y complicada de un reactor. Como si el edificio científico no fuese la más admirable de las obras colectivas del hombre.

No parece haber un cruce para las dos culturas. Es sorprendente lo poco que el arte del siglo XX ha asimilado de la ciencia del siglo XX. Naturalmente que esto hace referencia a un influjo adecuado y no al uso espúreo de la ciencia en las empresas literarias. No obstante, hay quien disiente de esta idea de Snow, o cuando menos de la rotunda expresión que encuentra en su libro. En una conferencia oí a Jacques Barzun, el famoso Decano de Humanidades de la Universidad de Columbia (Nueva York), una comparación entre la manera como el pueblo medieval estaba familiarizado con el vocabulario de la Teología y el uso de términos científicos en la conversación diaria en 1960. Hay razón en esto, porque quizá gran parte de nuestras obras literarias serían tan difíciles de comprender para los hombres de su siglo, como lo son los *Autos Sacramentales* de Calderón para nosotros.

Las razones para el divorcio y la incompreensión entre las dos culturas son muchas, hondas y complejas, enraizadas unas en la experiencia social y otras en la vida personal. La verdad es que el intelectual de Occidente se ha resistido a la cultura científica; en un cierto sentido no ha llegado a hacer las paces con la Revolución Industrial; añora los buenos tiempos en que las cosas eran de otra manera. Realmente, la Revolución Agrícola y la Revolución Industrial y Científica han sido los únicos cambios cualitativos acaecidos desde siempre en la vida social del hombre. Y ni siquiera los científicos quisieron tener nada que ver con la Revolución Industrial, que fué dejada principalmente en manos de operarios hábiles, de prestidigitadores casi, como

Edison. Esto en todo Occidente, salvo en un país que llegó tarde a la Revolución Industrial, Alemania.

Lo cierto es que hoy la industrialización es la única esperanza del pobre. Sin duda, añorar la vida rústica, desear que los hijos de uno se críen salvajes, soñar en una isla desierta lejos de las complicaciones de la civilización, contentarse con alimentos simples, etc., son aspiraciones legítimas desde el punto de vista individual. Sin embargo, no es lícito tratar de *imponer* esta elección a quienes están imposibilitados de escoger. Ni que decir tiene, sabemos cuál habría de ser su preferencia. La Revolución Industrial presenta caras muy diferentes según desde donde se la mire. No es lo mismo para un habitante de la India, que para uno de Toledo, Ohio.

En los países avanzados se ve bien lo que ha traído la Revolución Industrial: Un aumento de la población, porque mejoraron la medicina preventiva y la curativa; más alimentos; disminución del analfabetismo. Hubo también pérdidas, pero las ganancias son el fundamento de nuestra esperanza. ¿Es de creer que el aumento de salud y de cultura han de llevar ineludiblemente a la destrucción de los valores morales del hombre, a su aniquilación física incluso? No puede negarse que aún no hemos llegado a entender cómo y por qué han sucedido en los últimos ciento cincuenta años las cosas que han pasado, pero no por eso son en sí mismas *malas*.

Precisamente ahora está teniendo lugar otro cambio. Hemos pasado, o estamos pasando, de la Revolución Industrial a la Revolución Científica. Se caracteriza ésta por la aplicación de la ciencia a la industria, no a través de la actividad de los «inventores» al viejo estilo, sino mediante el esfuerzo concordado de los equipos de investigación. Quizá esta etapa no se haya estrenado hace más de treinta o cuarenta años, cuando se utilizaron por primera vez con fines industriales las partículas atómicas. La Revolución Científica es la base de nuestras vidas y apenas sabemos nada sobre ella. El problema está en preparar hombres capaces de llevar a feliz término la Revolución Científica de nuestros días. Precisamente, dos de los requisitos fundamentales para la industrialización son capital y hombres. Sobre este segundo punto hay que hacer notar que los rusos han sido más realistas que los americanos o que los ingleses. Gradúan anualmente un cincuenta por ciento más de ingenieros que el resto del mundo. Las cifras que cita Snow para el total de científicos (incluidos ingenieros) que salen de las Universidades y Escuelas Técnicas cada año, son: 13.000 en Inglaterra; 65.000 en Estados Unidos (donde la cantidad de ingenieros por promoción está disminuyendo) y 130.000 en Rusia. Los soviéticos se han hecho cargo de la situación. Un tercio de sus ingenieros son mujeres. En las sociedades occidentales, en cambio, dígame lo que se diga, no se las considera capacitadas para las carreras científicas y, así, se divide

aproximadamente por dos la reserva natural de talento disponible. No por ello descuidan tampoco los rusos la preparación de políticos, administradores, etc., con un conocimiento científico suficiente para tener idea de lo que hacen o proyectan los científicos.

En la escena mundial, el problema principal de la Revolución Científica es que los habitantes de los países industrializados están enriqueciéndose más y más, en tanto que los de los no industrializados, en el mejor de los casos, se mantienen estacionarios. El abismo entre unos y otros aumenta de día en día. Lo importante es que esta diferencia entre ricos y pobres no ha pasado inadvertida y, lo que es aún más grave, los que la han advertido son precisamente los pobres. Porque así ha sido, no podrá durar. Perdure lo que perdure del mundo actual hasta el año 2000, esa diferencia no podrá subsistir. Conociéndose, como se conoce ya, lo que hay que hacer para enriquecerse, el mundo no puede sobrevivir mitad rico y mitad pobre.

Occidente tiene que ayudar a la transformación de los países subdesarrollados, del *tiers monde*. Durante toda la historia humana la tasa de cambio social ha sido pequeña; ahora ha incrementado tanto que no sólo no puede ya pasar desapercibida en la vida de un hombre, sino que apenas puede seguirse ni siquiera con la imaginación. Y va a haber aún más cambio en esta década y todavía más en la siguiente. Los hombres ya no están preparados para esperar durante más de una generación. La revolución de las expectativas ha hecho a los hombres impacientes. La afirmación, tan frecuente de *haut en bas*, de que puede que en cien o doscientos años mejoren las cosas, no es indicio sino de propensión al suicidio institucional y de analfabetismo tecnológico. Independientemente de las consideraciones axiológicas, es un hecho que la industrialización tal y como se ha realizado en Rusia y está en marcha en China no tiene ningún secreto. El *quid* está en sacrificarse hoy, porque la «tecnología es aquella rama de la experiencia humana que se puede aprender con resultados perfectamente predecibles».

No hay escape. Es técnicamente posible hacer la revolución científica en India, Africa, el Sudeste Asiático, Hispanoamérica y el Oriente Medio, en cincuenta años. No tiene excusa el occidental que no se da cuenta de esto. Se trata, además, de una situación en que la inconsciencia es delito. Porque si la diferencia entre los países desarrollados y los subdesarrollados puede desaparecer, desaparecerá. Si nosotros no lo hacemos, alguien lo hará. Occidente habrá fallado penosamente, si, al final, son los comunistas los que lo realizan.

Sin embargo, es más fácil decirlo que hacerlo. La envergadura de la empresa es descomunal. El Tercer Plan Quinquenal de la India (1961-1966), por poner solamente un caso, prevé un plan de inversiones por valor de más de

24 mil millones de dólares para incrementar la renta industrial en un 70 por 100, la agrícola en un 25 por 100, la renta nacional en un 34 por 100, la vida media en cuatro años y las calorías en el alimento diario de 2.100 a 2.300 (frente a las 3.000 de Estados Unidos). Lo aterrador es que en 1966 la renta nacional *per capita* de la India será todavía de 81 dólares americanos, que habrá nueve millones y medio de parados y que la vida media no llegará a los cuarenta años, en comparación con los setenta de los países más adelantados.

SALUSTIANO DEL CAMPO

CARL LANDAUER: *European Socialism, A History of Ideas and Movements from the Industrial Revolution to Hitler Seizure of Power*. University of California Press, Berkeley-Los Angeles, 1959; XX + 1.894 págs. en dos volúmenes.

Conocido durante su época alemana como estudioso de la economía y del trabajo. Carl Landauer había publicado últimamente en Norteamérica una teoría del planteamiento económico nacional. Ahora, en esta historia de ideas y de movimientos ligados al socialismo, desarrolla nuevamente un considerable esfuerzo de ordenación y de comprensión.

Parece que la historia del socialismo europeo se derrama entre las páginas de cualquier obra: no puede ser descrita completamente en un libro; pero acudir a formar el volumen con la adición de monografías que localicen el movimiento supone perder esos enlaces, con lo que también se pierde la fluencia avivada por la impostación comparativa. El ámbito europeo propuesto aquí deja fuera a Inglaterra por razones prácticas (hay una valiosa literatura bien accesible al público norteamericano), aunque no se pueda prescindir del socialismo inglés dada su presión sobre el socialismo continental.

El núcleo de la obra es el pensamiento marxista y —en el orden estatal— la aplicación soviética. Alemania, Francia e Italia completan la imagen, sin que falte la consideración de algunos otros países y aun la de la Iglesia. Se omiten los Balcanes por dificultades lingüísticas. El estudio de Escandinavia y de Rusia cuenta con la colaboración de las señoritas Kridl Valkenier y Stein Landauer, que se señala oportunamente.

El primer volumen historia el proceso que se inicia con la revolución industrial y concluye con la primera postguerra. Allí se estudia el socialismo «en su período de infancia» (1790-1850), donde encuentran puesto los movimientos anticapitalistas y obreristas; Marx, con su vida y su pensamiento; la adolescencia del socialismo (1850-70); el período de represión (1870-90),

con las medidas antisocialistas de Alemania y de Francia, el crecimiento del movimiento en la Europa occidental (1890-1914), y, en fin, la primera gran guerra, con la crisis consiguiente que da marco a una nueva etapa. Entramos con el segundo volumen en la visión panorámica de la lucha del socialismo frente al capitalismo y el socialismo: batalla del comunismo soviético por lograr el liderazgo y posición del socialismo europeo en las vísperas de la gran depresión (consolidación del fascismo, actitud francesa ante la estabilización monetaria, política social alemana, planificación soviética...). El impacto de la depresión, entre 1930-32, marca la decadencia de la República weimariana, la crisis del aislamiento socialista francés y la toma de posición del Pontificado, puede publica la encíclica *Quadragesimo Anno*. Puede decirse que por entonces se cierra otra época que tiene como motivos de calificación la crisis de la agricultura soviética, la victoria hitlerista y el destino del socialismo en los pequeños países. El libro encuentra epílogo en tres capítulos que centran la teoría de nuestro tiempo: el neomarxismo, la reviviscencia del análisis de la sociedad ideal y la obligada mirada al futuro.

El socialismo se ofrece a Landauer en su concreción económica partiendo de la consideración de la desigualdad social. Desde que comienza la historia, el deseo de abolir o de reducir tal desigualdad ha sido reiterado y extendido. La situación de los grupos inferiores se ha aceptado dentro del carril de una poderosa tradición y bajo la protección de sanciones variadas. Pero, al deteriorarse sanciones y tradiciones, y ser más vigorosas las quejas, las desigualdades han parecido injustificadas y han hecho revolverse a las masas perjudicadas. Los grupos superiores encumbrados por cualidades personales tienen propia autoridad; pero carecen de ella quienes ocupan situación de privilegio por disponer de base económica. Y si es verdad que tal base arranca en ocasiones de servicios que han sido premiados, esta fuente ha sido siempre menor que la violencia física o la interpretación jurídica arbitraria. De otra parte, la justificación oportunista de la eficacia (que amparó la organización rural inglesa del siglo XVI) falla en el siglo XIX. Las masas estiman que hacen falta nuevas formas, y en ese cuadro surge el socialismo, que reclama la exclusión de la apropiación privada de los instrumentos de producción. De este modo es visto como movimiento que comprende un cierto número de ideas vinculadas entre sí por conexiones históricas y psicológicas, pero no estrictamente lógicas.

Aunque la tendencia ahí implicada encuentre antecedentes, el socialismo es original, en cuanto fenómeno que adquiere importancia en nuestro tiempo. Ni la plebe romana, ni el mundo de la Edad Media, ni siquiera las utopías renacentistas tienen que ver con él. Constituye una reacción frente al industrialismo y está relacionado con una serie de factores técnicos, institu-

cionales y sociales. Reacciona también contra la filosofía que justificaba aquellas realidades y que era parcialmente responsable de los favores conseguidos por fuerzas privilegiadas. La oposición al capitalismo industrial y a la filosofía del dejar hacer se desarrolla gracias a los pensadores reaccionarios que sueñan con la vuelta de las formas medievales, los economistas y filósofos que quieren la readaptación de aquéllas al movimiento obrerista. Así éste es muy pronto la espina dorsal del socialismo. La Internacional surge como su eje, en tanto Marx desarrolla un nuevo credo.

Las páginas que Landauer dedica a Marx quizá reiteran una consideración que podría haberle permitido ahorrar espacio; mas dan también observaciones valiosas: la gran diferencia entre el socialismo premarxista y el marxista está en que éste cuenta con la técnica; los marxistas —dice Landauer expresivamente— nunca han sido destructores de máquinas... Rusia ocupa seguidamente principal lugar en el horizonte. La Rusia zarista nos explica en su ordenación social piramidal, con ángulo muy amplio, el desarrollo de un movimiento contra la autocracia. Las corrientes del pensamiento presoviético son también cuidado objeto de la atención del autor. Igualmente descuella la consideración de la Iglesia, no sólo en el juego política interior-política exterior, ejemplificado en la Francia de Napoleón III —donde los socialistas anticlericales ven en el rey al enemigo de su enemigo—, sino en la significación apostólica de la palabra dicha por el Vicario de Cristo.

El examen de las vicisitudes de los distintos movimientos socialistas está hecho de modo muy atinado, tomando cuenta de las dos líneas, internacional y nacional. Por ejemplo, en Italia la presión de Lassalle para proyectar un ataque a Austria que desencadenase una revolución europea; en Alemania la idea de la nacionalización del socialismo, que cuenta con Hitler, pero que había sido señalada también por Lassalle y no hace falta decir que igualmente por los conservadores Rudolf Meyer y Adolf Wagner; en Bélgica por lo que toca a la importancia del grupo católico, etc.

Otros aspectos considerados precisamente son los relativos al papel de los intelectuales (el liderazgo de Jaurés, su enfrentamiento con Guesde, etc.), a la oriundez de los iniciadores (el francés Malon, en Italia), al juego del reformismo (por ejemplo, la significación de Labriola) y al mecanismo internacionalista, no sólo en cuanto a los congresos y demás organizaciones de aquel tipo, sino también al aprovechamiento de la coyuntura diplomática para lanzar propuestas favorables al propinante: tal el caso del ataque soviético al colonialismo, tan hábilmente explotado luego.

España no figura entre las naciones cuyos movimientos se estudian y es lástima que hayamos quedado fuera de la zona focal escogida por Landauer, cuando ya en los inicios de la Internacional el Gobierno español propuso una

especie de Santa Alianza contra la misma. Alguna vez suena nuestro país —ciertamente después de la fecha que toma el autor para cerrar el libro— y una de ellas es para ligar nuestro Movimiento del 18 de julio a la encíclica *Quadragesimo Anno*. Dice Landauer que esta encíclica debilitó el frente contra el fascismo y promovió el surgimiento de situaciones como las de Austria y España, si bien aquí la situación era distinta porque la Iglesia española tenía justificada actitud frente a agravios contra el régimen republicano, que no se dieron allá.

Las últimas páginas del libro atienden a las nuevas teorías: superación del capitalismo (Hilferding, Sternberg, Grossmann, Bauer), retorno al análisis de la sociedad ideal (especialmente el *Looking Backward* de Edward Bellamy) y funcionalismo. El socialismo —concluye el autor— se salva en cuanto planteamiento, pero éste se encuentra en la dinámica económica misma. Se encara también con el máximo problema del tiempo nuestro: ¿Existe posibilidad de colaborar con los Soviets? Parece que se ha variado en la manera de producirse; ya no se actúa al modo de Liebknecht o de Guesde. Parece que las analogías históricas apoyan un cambio... Pero las proclamaciones de coexistencia pacífica están desmentidas por los hechos con demasiada frecuencia. Los actuales dirigentes del sistema soviético son prisioneros del pasado; viven de mitos —como el de la conjura capitalista para su aplastamiento, que bajo Krustchev no es menos usado que bajo Stalin—.

Libro, pues, en conjunto, lleno de datos, de ideas y de perspectiva; obra, en consecuencia, útil y valiosa.

JUAN BENEYTO

WILLIAM L. SHIRER: *The Rise and Fall of the Third Reich. A History of Nazi Germany*. Nueva York, Simon and Schuster, 1960. XII + 1.245 páginas.

Antes de comenzar su narración, Shirer quiere contestar a dos posibles objeciones:

La primera de ellas es la de si se ha alcanzado ya el tiempo en que pueda escribirse una historia de la Alemania nazi, tan próxima en la experiencia vital del autor y de la inmensa mayoría de sus lectores; la segunda, la de si él personalmente —Shirer— puede situarse en el plano de objetividad que reputa necesario para historiar.

A la primera posible objeción se contesta diciendo que existen pocos acontecimientos históricos tan completa y fehacientemente documentados como los que constituyeron la vida tumultuosa del III Reich, cuyos archivos caye-

ron íntegros en manos de sus vencedores; respecto de la segunda se nos hace una mera declaración: «en este libro he tratado de ser severamente objetivo, dejando que los hechos hablen por sí mismos».

Aunque se dé por válida la primera respuesta y se tenga, en consecuencia, por contestada afirmativamente a la pregunta de si es posible escribir la historia de hechos acaecidos apenas hace veinte años, aún quedan serias dudas respecto de la pretensión de objetividad; es difícil creer en ella si referida a un libro que se inicia con la terrible y conocida cita de Goethe acerca de los alemanes como colectividad y que se refuerza, en una de sus primeras páginas, con una frase como esta: «El III Reich que naciera en 30 de enero de 1933 (la fecha en que el Presidente Hindenburg confió a Hitler la Cancillería) había de durar mil años... Duró doce y cuatro meses, y en tan breve espacio de tiempo... hundió al pueblo alemán en un abismo de destrucción y desolación, al final de una guerra mundial que su nación había provocado a sangre fría y durante la cual instituyó un reino de terror sobre los pueblos conquistados que, en su calculada carnicería de vidas y espíritus humanos, fué más allá de todos los ejemplos de opresión salvaje en eras pasadas». La verdadera interrogante, al que el libro no contesta, y para obtener respuesta a la cual quizá efectivamente haga falta el transcurso del tiempo, es la de si ese terrible juicio surge de una preconcepción o prejuicio sobre la Alemania nazi, o es real y efectivamente el juicio al que se llega tras el análisis de su historia; quizá sea la depuración de este problema la que, prestamente, exige que el tiempo pase, aunque las fuentes documentales para escribir Historia estén ahí y, por lo tanto, la tarea de escribirla sea técnicamente posible.

* * *

De alguna forma, sin embargo, al posible prejuicio antinazi (y se vuelve a insistir en que puede ser más juicio que prejuicio) se une, y este sí que claro, un prejuicio favorable anglosajón, singularmente favorable a la Gran Bretaña; quizá donde el mismo mejor se revela es en las páginas que dedica a H. S. Chamberlain, cuyas doctrinas razistas (fundamentalmente contenidas en su libro *Los fundamentos del siglo XIX*) constituyen una de las bases ideológicas fundamentales de esta repelente vertiente del nacionalsocialismo y, muy especialmente del *Mein Kampf*; a quien no es sino escritor de segunda fila y pensador de ínfima categoría, se le titula de «mente con una profunda unidad de inspiración, y con vastos conocimientos de literatura, música, biología, botánica, religión, historia y política»; y en una historia en que los adjetivos peyorativos y las invectivas se suceden sin solución de continuidad, para Chamberlain, británico de nacimiento y de prosapia, se reserva los

suaves calificativos de «extraño» y «notable»; el que sus escritos crearán el mito de la superioridad aria («Dios construye sólo sobre el pueblo alemán»; «ninguna raza tan bien dotada como la teutónica para oír la voz divina»; «la verdadera historia comienza en el momento en que los teutones, con su mano maestra cogieron el legado de la antigüedad») no es sino «una ironía fascinadora»; sin embargo el prejuicio anglosajón, no impide un ataque a fondo contra la política de apaciguamiento, que culminó en el sacrificio de Checoslovaquia en Munich en 1939, ni juicios crueles de numerosas personalidades británicas, muy especialmente de la del último embajador del Gobierno de Su Majestad en Berlín, Neville Henderson; pero sí, en cambio, reaparece cuando se quieren comparar las posiciones y las decisiones de los Gobiernos francés y británico en los momentos en que las demandas de Hitler a Polonia llevaron inexorablemente a la gran conflagración o la influencia respectiva de El Alamein y Stalingrado en el giro militar de la guerra. Los propios juicios sobre Polonia y los polacos tienen un tono displicente que, sólo en su grado y purgados del racismo, difieren de los de la Alemania Hitleriana.

* * *

En gran parte, y esta es una verdad histórica que parece evidente, la historia del III Reich es la biografía de Hitler y, efectivamente, el libro comienza, tras una muy breve y dramática introducción, en 20 de abril de 1889 en Branau am Inn, fecha y lugar del nacimiento del tercer hijo del tercer matrimonio de un funcionario de Aduanas del Imperio Austro-húngaro; la niñez y la juventud de Hitler son estudiados con detalle, aunque faltan hechos y opiniones, medianamente convincentes acerca de qué fuerzas e influencias obraron en él para imbuirle su nazismo y antisemitismo exacerbados. Quizá las partes más interesantes del libro sean justamente estas que nos describen la formación del partido nacionalsocialista, su conquista del poder en una nación cuyas clases dirigentes nunca aceptaron la República de Weimar y que pasó por una serie de crisis económicas y sociales continuadas; aunque los votos de clase media sobre los que reposa la fuerza inicial de Hitler y su partido nunca lograran darle una mayoría en el Reichstag, ni mucho menos fueran suficientes para oponer la figura de Hitler a la de Hindenburg. La purga de las S. A. en la noche sangrienta de 30 de junio de 1934 (Roehm, Strasser), en la que también fueron eliminados los Generales von Schleicher y von Bredow, se nos cuenta nuevamente, y ciertamente la figura de von Papen aparece con tonalidades distintas a la que este pintara de sí mismo en sus *Memorias*.

Los días angustiosos del *Anschluss*, de la desmembración de Checoslova-

quia, de las peticiones a Polonia, que ya para entonces contaba con las garantías británica y francesa del pacto germano-soviético del 39 y de los preparativos finales, son asimismo de un interés extraordinario y ocupan una buena parte del libro, más de la mitad del mismo, si se resta del volumen total de la obra las cien y pico páginas que se dedican a índices y a información bibliográfica.

* * *

La mitad siguiente del libro tiene dos partes bien definidas.

Una de ellas es la historia bélica de las campañas que se inician con el asalto a Polonia en 1939 y que concluyen en la cancillería de Berlín, pocos días después del suicidio de Hitler en la tarde del 30 de abril de 1945.

La historia no lo es tanto de las operaciones militares, como de las decisiones que llevaron a ellas. El panorama que nos muestran es el de un Hitler cegado por sus victorias relámpago en las campañas de Polonia, de Francia, de Noruega, como un poseso en su clarividencia táctica y estratégica. Los errores puramente militares de Hitler, en muchas ocasiones contra el parecer del Estado Mayor y en muchas más contra el de sus generales con mando de tropa en los frentes, son fabulosos. El reembarco británico en Dunquerque fué posible por un error táctico notorio; pero sobre todo la inoportuna campaña de los Balcanes, relativo éxito local pero que retrasó meses el ataque, pensado desde mucho tiempo atrás, a Rusia; la obstinación en la defensa de Stalingrado, que llevó a la destrucción de los 290.000 hombres del VI Ejército; la ayuda escasa y siempre demorada al Afrika Korps de Rommel, fueron, entre otras muchas, decisiones desafortunadas y militarmente indefendibles, en buena medida sólo imputables, por lo que del libro resulta, a decisiones personales de Hitler. Incidentalmente se ha de decir que el libro reconoce en muy numerosas ocasiones la bravura de los soldados alemanes y la pericia de bastantes de sus comandantes, singularmente de Rommel, von Rundstedt, von Manstein y von Falkenhorst.

* * *

El segundo tema de esta parte del libro, extraordinariamente revelador, es el del movimiento, muy importante numéricamente y por la calidad de las personas envueltas, de resistencia contra Hitler, que culminó en el intento de su muerte, en su cuartel general de Rastenburg en 20 de julio de 1944, y de la sangrienta represión que siguió al mismo; se calcula que unas 5.000 personas fueron ejecutadas a consecuencia del atentado, que de una u otra

forma costó la vida, entre otros, a los mariscales Rommel, von Beck, von Kluge y von Witzleben y a los generales von Stvelpnagel, Lindemann, Hoepner, Stieff y von Hase, y a la misteriosa figura del almirante Canaris.

Un capítulo terrorífico de la obra es el que tiene por título «El orden nuevo» (págs. 937 a 994). Es en él donde se describen los horrores de los campos de concentración y de exterminio y las represalias en las personas de los rehenes.

* * *

Las fuentes documentales manejadas son muy amplias y figuran recogidas en las páginas bibliográficas del libro; las más importantes están constituidas por los «Documentos sobre la política exterior alemana», del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, y las docenas de volúmenes que componen los expedientes judiciales de los procesos de Nurenberg. A ellos se añaden, como fuente esencial, las memorias, publicadas o no, de muchos de los participantes en los acontecimientos; especialmente, y por su proximidad a Hitler, los diarios de los generales Halder y Jold. Remitimos a la relación completa de bibliografía consultada que el libro contiene en sus últimas páginas.

Concluir la lectura del libro es como volver a la realidad desde una pesadilla. La historia que se nos narra es bárbara y cruel en grado superlativo; si se justifica es porque, si en la interpretación de los hechos puede discreparse, es muy difícil dudar de su veracidad; y para la necesidad de historiarlos sirve la frase de Santayana que, con la de Goethe, inicia la obra: «Los que no recuerdan el pasado están condenados a volverlo a vivir.» Y Dios en su infinita piedad quiera que cuando menos este recuerdo ayude a liberar a la humanidad de nueva y semejante experiencia.

MANUEL ALONSO OLBA

